

de Ismael.
La reina estaba inmóvil en la azotea, con el cielo
rojo, y teniendo de la mano al pequeño Luis XIV,
que miraba aquel espectáculo con cierta curiosidad,
y que de tiempo en tiempo decía a su madre:
— Señora, permítame que monte en mi hermanito
y me enseñe a montar a caballo. —
— ¡No, no! — exclamó la reina, — ¡no, no! —
— ¡Pero, pero! — dijo el príncipe, — ¡pero, pero!